

The background of the entire cover is a dark blue space filled with glowing white and blue circuitry lines, resembling a complex digital network. Overlaid on this is a stylized, high-angle view of a futuristic city. The city's architecture is composed of various geometric shapes and structures, some of which are illuminated with vibrant colors like red, yellow, and green. The overall aesthetic is one of advanced technology and digital urban planning.

HÉROES



2037

PEDRO RAMOS

«Aquel que no conoce su historia está condenado a repetirla».

George Santayana

HÉROES

H

2037

HÉROES

H

2037

PEDRO RAMOS

edebé

© Pedro Ramos, 2025

© Edición: Edebé, 2025

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño de la colección: Aurora Iraita

Imagen de cubierta: Aurora Iraita

1.ª edición, septiembre 2025

ISBN: 978-84-683-7546-5

Depósito legal: B. 8113-2025

Impreso en España / Printed in Spain



Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Aquel que no conoce su historia está
condenado a repetirla.

George Santayana

Volver a empezar

A las chicas guapas les gustan los chicos malos, pensó Teseo. Esa era la conclusión a la que había llegado después de todo lo que había sucedido. A las chicas guapas les gustan los chicos malos. Llenó de aire sus pulmones y exhaló sin mucha convicción. ¿Cuánto tiempo había pasado? Casi medio curso. En ese tiempo se habían escrito casi todas las semanas. Pero su relación no había avanzado. Al contrario. Quizá hubiera perdido algo de intensidad. Aquella que él había sentido en lo alto de la torre vigía.

Y ahora la tenía ahí, frente a él.

Qué fuerte. Después de todo lo que habían hablado por mensaje, de las largas partidas con conversación incluida. ¿Cómo era posible? A las chicas guapas les gustan los chicos malos. No había otra explicación. Por mucho que dijera Andrea que Hugo no era como él creía. ¡Era un delincuente! Lo habían declarado culpable de tráfico de drogas y, si se había librado de la cárcel, era solo porque había llegado a un acuerdo para delatar a sus compañeros. Era un delincuente y un chivato. Y luego estaba lo del intento de huida. Aquella escena de película en el hospital, donde una docena

de enmascarados armados se habían bajado de varios todoterrenos y se lo habían llevado. Sabía que no era una película, ni un videojuego, porque lo había vivido en primera persona y lo había visto en un montón de vídeos en internet. Una semana tardaron en rescatar a Hugo. Más vídeos. La policía entrando en un cortijo abandonado, unos tipos barrigudos corriendo campo a través, un grupo de policías tirando una puerta abajo, levantando una trampilla, iluminando en la oscuridad a un demacrado y sucio Hugo. Asustado. Herido. Torturado. No, no había sido un videojuego ni una película, era la vida real.

Y la vida real siempre supera a la ficción: desde la clínica donde se recuperaba del estrés postraumático, Hugo empezó a retransmitir sus partidas por internet. ¿Era posible que solo él se diese cuenta? Es tan obvio, pensaba Teseo. Estaba utilizando su popularidad para hacerse todavía más famoso en las redes sociales. Había creado un personaje que caía bien, que representaba el arquetipo del delincuente arrepentido que intenta rehacer su vida. Una historia que para Teseo no habría tenido ningún interés si Andrea no hubiera vuelto a aparecer en ella. Porque sí, meses después de todo aquello, Teseo seguía enamorado de Andrea, la chica de dieciocho años que había empezado a aparecer en las publicaciones de Hugo. Una chica muy atractiva que Teseo había conocido a través del mejor videojuego *online* de todos los tiempos, *Héroes*. Y que ahora tenía frente a él.

—¿Qué tal? Estás más fuerte, ¿no?

Teseo no podía creérselo. Todo ese tiempo habían

estado mensajeándose. Y no le había dicho nada. Las fotografías del día del reencuentro de Andrea y Hugo tenían cientos de comentarios, bromas y memes, incluso. Pero la historia de Hugo no podía terminar ahí, no. Para culminar su reinserción en la sociedad, decía la presentadora del programa de televisión que Teseo había visto en YouTube, Hugo pensaba crear una empresa de mensajería. Y para ello había iniciado una campaña de recaudación de fondos en internet. En el transcurso de ese programa, un hombre que prefería permanecer en el anonimato, le había donado una nave que, en sus propias palabras, tenía abandonada entre aguacates y mangos.

Todo esto pensó Teseo cuando Andrea le preguntó: «¿Qué tal? Estás más fuerte, ¿no?». ¿Qué podía responder? ¿Qué había hecho él desde la última vez que se habían visto en el centro comercial? Lo más importante ya se lo había contado por mensaje. Aun así, se esforzó en hacerle un resumen. Había empezado a practicar ejercicio y, aunque seguía siendo el más bajo de su clase, ya no se metían con él. También había empezado a salir con un grupo de amigos nuevo y volvía a casa más tarde de lo que sus padres le habían dicho. Sí, seguía asistiendo a terapia, y sí, le iba bien, tanto que ya era capaz de hablarlo con naturalidad con las personas con las que tenía confianza.

—Tú eres una de ellas —le dijo a Andrea mirándola a los ojos, esos ojos negros con los que Teseo seguía soñando.

—Y ahora, ¿en Navidad? —volvió a preguntar ella, con su lata de Amarillo Atómico en la mano.

—Nada especial. Mis padres suelen llevarnos de viaje. No sé qué movida habrán elegido este año. ¿Y tú?

—Yo me quedaré chapando, que bastante tengo.

Andrea había vuelto al instituto, como había dicho que haría, pero su regreso no había sido tan productivo como el negocio de Hugo. Le había costado mucho aprobar todas las asignaturas y estaba aterrorizada con la Prueba de Acceso a la Universidad.

—¡Pero si todavía falta medio curso! —dijo Teseo.

—Por eso, porque solo falta medio curso.

Teseo pensó que aquella chica insegura no podía ser la misma que aparecía en las fotografías junto a Hugo. Incluso vestía de forma diferente. Hoy se había puesto unos vaqueros rotos, desgastados, las Martin de siempre y una camiseta donde podía leerse *BORN TO PLAY*. Había cambiado de peinado. El lateral rapado había sido sustituido por una melena que hoy llevaba recogida en dos trenzas. En la muñeca derecha, los cuatro pájaros tatuados. Cuatro pájaros que volaban hacia quién sabe dónde.

—Me gusta mucho tu nuevo *look* —dijo Teseo.

—¿Esto? —dijo Andrea lanzando una de las trenzas con desprecio—. Tengo el pelo hecho un desastre y no sé qué hacer con él.

—Te queda muy bien.

—Gracias. Lo he visto en internet y me pareció gracioso. Pero es un rollo. Lo mismo me rapo la cabeza.

Teseo se la imaginó con la cabeza rapada y también le pareció preciosa.

—Por favor, no digas nada —dijo Andrea, que parecía mantener intacta su capacidad para leerle el pensamiento.

—Te he traído un regalo —dijo Teseo de todos modos.

Andrea pareció sorprendida, incluso nerviosa.

—¿Un regalo? Teseo, no quiero que te rayes, pero es un regalo así en rollo amigos, ¿verdad?

Teseo sonrió al mismo tiempo que se encogió de hombros. ¿Estaba lo suficientemente enamorado de Andrea como para haber cometido una tontería? Sí. ¿Podría haberse declarado allí mismo, en esa cafetería del centro de la ciudad, regalarle un anillo y esperar que ella le confesara que era el hombre de su vida? No. Porque aunque muchas veces, en la soledad de su habitación, Teseo se había imaginado esa escena, con finales alternativos, sabía que Andrea no sentía lo mismo por él. Lo había dejado bien claro. Por eso, había pensado regalarle algo que no fuera un anillo. Lo primero que se le ocurrió fue un colgante o una pulsera, algo elegante, pero discreto que encajase con la personalidad de Andrea tanto como para convertirse en su complemento ideal, hasta el punto que pareciese que se lo había comprado ella misma y no se lo quitara nunca. Sin embargo, Teseo, tenía que reconocerlo, no había encontrado ningún abalorio que encajase en esa idea, pensó mientras escaneaba el cuello y las muñecas de Andrea. Nada. Andrea, a diferencia de la mayoría de sus compañeras de clase, no llevaba ningún adorno, no necesitaba complementos. A excepción, fue entonces cuando Teseo los vio por primera vez de lo discretos que eran, de tres pendientes, diminutos y redondos, que brillaban en su oreja derecha.

—¿Son nuevos?

Andrea asintió con rubor.

—Me los ha regalado Hugo.

Teseo sintió el puñetazo en la boca del estómago, tan fuerte que le entraron ganas de vomitar.

—¿En plan rollo amigos? —dijo, fingiendo sin fingir que aquel golpe no había existido.

Andrea no contestó inmediatamente, apuró su lata de Amarillo Atómico y luego puso su mano sobre la de Teseo. Él la retiró. No quería ningún tipo de limosna. Con esa misma mano, le ofreció una caja envuelta para regalo. De todas las ideas que había rechazado en su cabeza, pensando que Andrea se sentiría incómoda si él sobrepasaba los límites de ese «plan rollo amigos» con el que había definido su relación, ninguna había sido un pendiente. Mucho menos, tres.

—Teseo, no tenías...

—Tranquila, no es un anillo —dijo él, cortante.

Andrea agitó la caja en el aire. Lo que hubiera dentro chocó varias veces contra los bordes. Andrea rasgó el papel de regalo y dejó al descubierto su contenido. Tardó unos segundos en identificarlo. Su expresión cambió del temor al alivio teñido de indiferencia.

—Gracias —dijo por fin—. No tenías...

Para ocultar la decepción que sentía, Teseo se mostró arrogante:

—Lo sé. Me apetecía.

—Pues gracias de todos modos —dijo Andrea, levantándose.

Se guardó la tarjeta regalo en el bolsillo de atrás de los vaqueros y salieron de la cafetería. Eran poco más de las seis de la tarde, pero la noche había empezado

a caer sobre la ciudad. Andrea se despidió rápido, había quedado (no necesitaba decirle con quién), para ver las luces de la calle Larios. Se dieron dos besos y se marcharon en sentidos contrarios.